



Revista Internacional de Ciencias Sociales y Humanidades, SOCIOTAM

ISSN: 1405-3543

hmcappello@yahoo.com

Universidad Autónoma de Tamaulipas
México

VALCUENDE DEL RÍO, José María
SEXO ENTRE HOMBRES: LOS LÍMITES DE LA MASCULINIDAD
Revista Internacional de Ciencias Sociales y Humanidades, SOCIOTAM, vol. XX, núm. 1, 2010, pp.
11-37
Universidad Autónoma de Tamaulipas
Ciudad Victoria, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=65415127002>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

SEXO ENTRE HOMBRES: LOS LÍMITES DE LA MASCULINIDAD

José María VALCUENDE DEL RÍO
Universidad Pablo de Olavide, Sevilla, España

RESUMEN

La masculinidad, al igual que la heterosexualidad, es un mito (Guasch, 2000) que construye realidades en el mundo de ficciones de eso que llamamos lo social.

En este texto nos interesa analizar las contradicciones que se generan entre “el deber ser” de la imagen hegemónica de la masculinidad, y la realidad concreta de los hombres que mantienen relaciones sexuales con otros hombres. Para ello tomaremos como referentes dos relatos de vida, situados en contextos espaciales y temporales diferentes, a partir de los cuales podremos aproximarnos a los mecanismos represivos y a las diferentes actitudes de reafirmación o rechazo de los modelos dominantes.

Palabras clave: identidad sexual, prácticas sexuales, homosexualidad, masculinidad.

SEX BETWEEN MEN: THE LIMITS OF MASCULINITY

ABSTRACT

Masculinity and heterosexuality are myths that build realities in the world of fictions that we identify as social. In this work we analyze the contradictions generated between what “must be” the hegemonic image of masculinity and the concrete reality of men having sexual relations with other men. We will use as referents two life histories situated in different spatial and temporal contexts, from which we can understand the mechanisms of repression and attitudes of reaffirmation or rejection of dominant models.

Keywords: Sexual identity, sexual practices, homosexuality, masculinity

VALCUENDE DEL RÍO, J.M.

Obligado a buscar el reconocimiento de su propia existencia en categorías, términos y nombres que no ha creado, el sujeto busca los signos de su existencia fuera de sí, en un discurso que es al mismo tiempo dominante e indiferente.

J. Butler

DE LOS HOMBRES QUE NO SE IDENTIFICAN CON EL MODELO DOMINANTE

La sexualidad es una de las fronteras a partir de las cuales en nuestra sociedad se diferencia a los “verdaderos” hombres de aquéllos que son “menos hombres”. Sin embargo, la significación sobre la masculinidad es cambiante y plural en función de los diferentes contextos sociales e históricos, independientemente de la preeminencia de una masculinidad hegemónica que subsume y reprime otras formas de entender el significado de ser hombres (Val de Almeida, 2000; Mosse, 2001; Guasch, 2003), como también es cambiante la significación de la propia sexualidad en general y de la homosexualidad en particular (Cardin, 1984; Guasch, 1991; Herdt, 1992; Cáceres y Valcuende, 1997); dos categorías que han contribuido a que las prácticas sexuales se transformen en esencias claramente jerarquizadas.

De esta forma, el homosexual es inventado socialmente, en función de una categoría de estigmatización y de conformación social, que obliga a los así identificados a utilizar diferentes estrategias

de supervivencia social, para evitar las consecuencias de un estigma, que de una u otra forma marcará sus vidas. Al fin y al cabo, el estigma de esta clasificación creada en el siglo XIX sitúa a los individuos en el mundo de lo social desde una falsa homogeneidad que pretende traducir ciertas prácticas, como “un modo de vivir”, “una forma de ser”, “una forma de aparecer” y, en todo caso, también como “una forma de imposición” (Sabuco y Valcuende, 2003).

Dentro del contexto occidental nos encontramos, en líneas generales, dos grandes modelos que definen el sentido de las prácticas entre varones. Por un lado, el anglosajón, que básicamente entiende como “homosexual” (gay) a cualquier hombre que mantiene relaciones sexuales con otros hombres, y el latinoamericano, en el que el significado de las prácticas no ha sido asociado mecánicamente a “la homosexualidad”, aunque progresivamente el modelo anglosajón se va generalizando. Tal y como señala Toro (2005), a pesar de las importantes diferencias locales, los hombres en Latinoamérica han participado del mismo proceso de socialización de lo masculino.¹

En el caso latinoamericano, ha sido el papel que se mantiene durante la penetración el que define en buena medida el nivel de masculinidad, y es por tanto un elemento central a la hora de establecer modelos de identificación. Por ejemplo, no es lo mismo mantener una posición activa que pasiva. Un hombre no pierde necesariamente su masculinidad, aunque se mueva en un ámbito peligroso, si realiza “la penetración”. Otra cuestión es si mantiene una posición definida como “pasiva”, es decir, si “es penetrado”; en este caso, su masculinidad es puesta en cuestión. Esta diferenciación, que tiende a difuminarse a medida que se producen nuevas formas de manifestar el afecto y el deseo entre varones, sigue marcando claramente la relación, no ya sólo entre los “verdaderos” hombres y aquéllos que son considerados “menos” hombres; también entre estos últimos. Tal y como señalan Sabuco y Valcuende (2003), el modelo heterosexual marca profundamente las relaciones entre los clasificados como homosexuales, que siguen los dictados de una sexualidad normativa, en la cual la masculinidad define las posiciones de poder y los mecanismos de respuesta.

La gente “con pluma”, los afeminados, ocupan en líneas generales una posición de inferioridad dentro del mundo masculino de los homosexuales. Toda una serie de rituales, normas y creencias fueron conformando, desde la inclusión, a los hombres que se ajustaban al modelo de sexualidad dominante y, desde la exclusión desigual, a aquellos otros que su deseo se desviaba de la norma. En todo caso, la exclusión (inherente al modelo de masculinidad hegemónica) es siempre resultado de un proceso a partir del cual los hombres pierden o carecen de alguno de los atributos definidos desde un modelo siempre imposible, inalcanzable.

En palabras de Kimmel (1997), la masculinidad define un hombre de poder, con poder y en el poder. Una dinámica que se reproduce en alguna de las “nuevas” propuestas como la metrosexualidad, en la que se representa a un hombre urbano, de alto poder adquisitivo, joven, sano, que cuida su cuerpo (gimnasios, deporte, cremas) y su aspecto (ropas y perfumes de marca). ¿Nuevos modelos? Posiblemente el único cambio en estos nuevos “héroes” lo constituye el hecho de que el propio cuerpo masculino se ha convertido en un producto mercantil. Hoy es precisamente el mercado el que señala las posiciones de poder definidas por Kimmel. Por cierto, lo que se ha definido como estética “metrosexual” existía ya entre determinados grupos de homosexuales; la nueva categorización supone una forma de apropiación de lo que se ha venido en denominar como “cultura gay”, contribuyendo a definir nuevas fronteras jerárquicas entre *los hombres* y *los homosexuales*.²

LA CONSTRUCCIÓN DE LA MASCULINIDAD ¿Y LA HOMOSEXUALIDAD?

Ser un hombre es todo un proceso. Nacer con las marcas de los grupos dominantes es una condición necesaria, pero no suficiente. El niño debe aprender a ser un hombre, asumiendo responsabilidades en ámbitos marcadamente diferenciados en relación con las mujeres. Como señala Cantero (2003:53), ser hombre implica un proceso de separación del mundo de las mujeres, en un proceso de adquisición y renunciaciones, de “con-formación”:

Sexo entre hombres: los límites de la masculinidad

Al abrigo de las enormes puertas carreteras del pajar de mis abuelos, solía refugiarme con alguna vecinilla para hacer muñecas, eran figuras de barro o estructuras de palo, vestidas con trapillos y pelos de cáñamo. Si mi abuela no le daba mayor importancia, mozos y hombres lo veían con desagrado: "Mariquita... Eso es cosa de niñas", decían, y tal fue la presión que, sin saber cómo, dejé de dar vida a aquellas figuras.

Las fiestas de quintos, asociadas al servicio militar fueron, por ejemplo, realmente importantes en una amplia zona de la Península Ibérica.³ Esta celebración era el paso previo a la incorporación al ejército, se realizaba entre un grupo de "iguales" que pasan a ocupar un plano central en el espacio local. El irse al ejército constituía un antes y un después, claramente marcado a nivel social: "cuando vayas a la mili te harás hombre". Pero este ritual, que sintetiza de una forma clara la construcción de la masculinidad, es uno de los muchos rituales ordinarios y extraordinarios que contribuyen no sólo a representar al hombre, sino también a hacerlo en el pleno sentido de la palabra.⁴ Los pasos sociales están públicamente marcados y los modelos de masculinidad han sido claros,⁵ pero qué sucede en aquellos casos en los que la canalización del deseo no se corresponde con el modelo dominante de masculinidad.

El niño, para transformarse en macho, ha debido manifestar una clara posición de poder. La masculinidad es una carrera de obstáculos contra uno mismo y contra los otros (Kimmel, 1997). En esa carrera de obstáculos la sexualidad juega un papel central. Es una idea que no puede desvincularse de un catolicismo cultural que ha impregnado profundamente a los países iberoamericanos. La imagen del hombre como proveedor, la idea de la pareja heterosexual como la única posibilidad de subsistir y ascender socialmente, se refuerza en un mundo claramente segmentado por sexos, en los espacios y contextos de sociabilidad y de trabajo. El aprendizaje del niño era también un aprendizaje de dominio (también sexual) sobre las mujeres y sobre otros hombres. El deseo era canalizado en una única dirección, por lo menos a nivel discursivo. Otra cuestión muy diferente eran las prácticas sexuales habituales entre varones, sobre todo en el periodo de la adolescencia o en determinados contextos

festivo-ceremoniales, aunque en este caso las prácticas sexuales no eran consideradas como tales.

La heterossexualidad normativa y la masculinidad hegemónica orientan los comportamientos al establecer cánones de actuación considerados “correctos” y “no correctos”. En el primer caso hay claros modelos sociales; en el segundo no han existido hasta hace muy poco tiempo modelos públicos, socialmente aceptados.⁶ Este hecho ha generado profundas contradicciones en los hombres que se sentían atraídos hacia otros hombres: ¿por qué ese deseo?, ¿cómo poder solucionar algo que socialmente era definido como problema y que el individuo interiorizaba como tal?, ¿qué hacer para satisfacer el deseo y no ser penalizado socialmente?

Intentaremos responder a estas preguntas a través de dos relatos de vida, en los que analizaremos las diferentes estrategias seguidas por estos actores para sobrevivir socialmente. En el primero, nos centraremos en el caso de un homosexual español; en el segundo, de un homosexual peruano. Nos interesa, a través de estas historias, ver las confluencias del modelo latinoamericano a la hora de entender la significación de las relaciones sexuales entre varones, analizar las regularidades más allá de los contextos sociales e históricos concretos, y todo ello a través de una perspectiva micro, subjetiva (suponiendo que existan perspectivas que no lo sean).

Los estudios cuantitativos, aunque nos proporcionan una visión panorámica general, presentan importantes sesgos, sobre todo porque detrás de las palabras hay una realidad que se resiste a ser encuadrada a nivel estadístico, entre otras cosas porque la gente aspira a *ser normal* y formar parte de una medición previsible y esperada, en una sociedad donde se ha generalizado el discurso políticamente correcto.

Nuestra aspiración es, a través de estos testimonios, realizar lo que Geertz (1992) define como descripción densa. Y es que el análisis etnográfico constituye una de las mejoras estrategias a partir de las cuales vincular discursos y prácticas, sobre todo en ámbitos que tienden a ser protegidos de las miradas foráneas, incluyendo las de los propios investigadores. Por razones obvias modificaremos los

nombres de nuestros informantes y ocultaremos algunos datos de estas entrevistas, con el fin de preservar la intimidad de las personas que nos han proporcionado la información.

JUAN

Nació en un pequeño pueblo de Castilla a mediados de los años sesenta, en una familia fuertemente católica. La sexualidad fue siempre un tabú y el proceso de aprendizaje sexual se realizó fundamentalmente entre el grupo de iguales. De la homosexualidad como tal no se hablaba nunca en público, salvo para penalizar a los considerados más débiles (maricones). La Iglesia como institución jugaba un papel central en los jóvenes, quienes habitualmente se movían en grupos dinamizados por sacerdotes. De hecho, nuestro protagonista estudió en diferentes colegios religiosos. La sexualidad que se vivía dentro de estas instituciones manifestaba una clara represión sexual, reproduciendo todo un sistema de poder bien definido a través del modelo dominante de masculinidad, incluso cuando las prácticas sexuales tenían un carácter homoerótico.

El contacto sexual entre los jóvenes se producía a partir de juegos que ponían de manifiesto unas relaciones de poder claramente marcadas entre “los más hombres” y “los menos”, entre los que asumían un claro papel masculino y los que no respondían al modelo esperado. A quienes mantenían una postura más “activa” en ningún caso se les cuestionaba su masculinidad; otra cosa distinta era la de aquéllos que se veían “forzados” a realizar dichos “juegos”. El carácter homoerótico de estos actos era justificado en peleas, violencia y/o competición, con las que se encubría cualquier manifestación de afecto (un límite que no se podía sobrepasar).

Juan evitó participar en este tipo de contextos, y no por falta de deseo; su estrategia pasaba por la discreción, sobre todo porque su deseo era algo que aún debía explicar. Sabía que algo no funcionaba bien, de acuerdo con lo que había aprendido que se esperaba de él. El *deber ser* no coincidía con una orientación sexual que, en principio, no fue vivida como opción. Curiosamente, en estos juegos

homoeróticos se refuerzan los modelos dominantes, las prácticas no son leídas como homosexuales, ni implican necesariamente una tendencia exclusiva hacia las personas del mismo sexo. De hecho, algunos de los jóvenes que participaban de esas prácticas pasarían de una heterosexualidad homoerótica a una heterosexualidad oficial; otros seguirían viviendo en la *clandestinidad*. Curiosamente, las lecturas normativas sobre el mito heterosexual inciden en el carácter siempre provisorio de las prácticas no reproductivas, subyaciendo de esta forma la indisociable vinculación entre reproducción-penetración como la “verdadera” sexualidad.

En el grupo de iguales, a medida que empiezan a “salir con chicas”, se activan determinados elementos de la “masculinidad”, que tiene que ver con la constante necesidad de demostrar ante los otros que se es un hombre —o tal vez así lo vivía nuestro protagonista—. Lo que para otros era una forma de canalizar el deseo, para él simplemente era una representación o una obligación, o quizás algo que él consideraba que era natural, a pesar de que su deseo estaba orientado en otra dirección.

Como sus amigos, él también tuvo “novias”, aunque nunca llegó a realizar el coito. El contacto con las mujeres suponía una profunda contradicción. Él quería disfrutar; ante los otros, disfrutaba. Su vida era una auténtica representación, vivida de manera en ocasiones angustiosa. Habitualmente rezaba para “curarse”, y en ocasiones se confesaba, pero nunca se atrevió a decir al sacerdote el pecado innombrable.

La angustia comenzó a crecer cuando tuvo su primera relación sexual “plena” con otro chico. A los 18 años, sus fantasías se habían convertido en una deseada y temida realidad. Su sexualidad fue vivida desde la clandestinidad, tanto en el pueblo donde había nacido como en la ciudad donde iría a estudiar cuando cumplió diecinueve años. Pasarían unos cinco años más para que empezara a vivir una relación de pareja, y otros siete hasta que lo comentó a la familia, en un proceso realmente duro para su madre, que estaría un tiempo sin hablarle.

El proceso de aceptación fue totalmente traumático para ella: ¿cómo me ha tocado esto a mí?, ¿qué habré hecho?, ¿cómo se puede curar? Poco a poco fue aceptando como inevitable esta situación, llegándose a un *estatus quo*: el hijo no debía molestar a la familia; en la ciudad podía hacer su vida, pero no en el pueblo. De esta forma, Juan mantuvo una vida pública con otro hombre en la ciudad y una vida “secreta” en su pueblo, al que desde hace un tiempo evita ir, ya que para él supone encontrarse con los fantasmas del pasado. Por otro lado, la imposibilidad de hablar de su vida y las diferentes expectativas en relación con lo que fueron sus amigos ha generado una separación difícilmente superable. Como también lo ha significado la imposibilidad de participar con su pareja en los acontecimientos familiares importantes donde están los verdaderos “parientes”. La historia de Juan es, como la de una buena parte de los homosexuales, la historia de la culpa, el arrepentimiento, la renuncia, la represión, el silencio, la representación, la ocultación, la clandestinidad, la resistencia y, por último... la aceptación.

WILIAM

Nació en una pequeña ciudad amazónica del Perú, tiene veinte años. Su familia, aunque se define como católica, no es practicante. En público ha tenido durante un tiempo a sus “enamoradas”, aunque ha mantenido relaciones esporádicas con otros chicos de forma simultánea, pasando progresivamente de un ámbito heterosexual a un ámbito exclusivo homosexual, independientemente de que la visión dominante de la heterosexualidad también ha definido sus relaciones con otros hombres.

En sus primeras relaciones consideraba que había partes de su cuerpo que no se podían tocar, o había prácticas que renunciaba a realizar, aquellas que le aproximaban a la feminidad. Se definía en principio como “activo”, y la palabra “gay” era algo que no aceptaba. Él era un hombre, y es que en determinados contextos el término “gay” se continúa asociando con feminidad, en especial en los contextos rurales latinoamericanos.⁷ Muchos autores han cuestionado la dicotomía “activo” y “pasivo”, señalando que es más bien difusa.

En este sentido habría que señalar que, aunque ambas categorías han marcado modelos a seguir e identificaciones asociadas a valores considerados como masculinos y femeninos respectivamente, los límites son más bien discursivos y mutables, tanto a lo largo de la vida del individuo como en función de los contextos. Wiliam es un buen ejemplo de ello.

Los encuentros sexuales entre hombres en la ciudad de Wiliam son habituales y están marcados por el alcohol. Ir “a tomar” es habitualmente el paso previo a mantener relaciones sexuales, un hecho que incrementa notablemente los riesgos (un aspecto al que luego volveremos). De hecho, cuando él mantenía relaciones sexuales con otros hombres por lo general, estaba “tomado”, y éstas se producían a altas horas de la noche, una vez que dejaba a su grupo “normalizado”, lo que en más de una ocasión le creó situaciones desagradables.

Su doble vida, como la de la mayoría de sus amigos, tiene un duro coste psicológico, un hecho que ha sido una de las principales motivaciones para irse a vivir a una gran ciudad. Allí ha descubierto otro mundo en el que se puede mover con relativa libertad, aunque procura ser discreto en su lugar de trabajo, donde estudia y en la casa de unos familiares donde vive actualmente. Éstos no aceptarían en ningún caso —o por lo menos él lo cree así— su homosexualidad, como sigue sin aceptarse en determinados contextos, pese a que se ha avanzado sustancialmente.⁸ A partir de esta “huída” se han modificado muchas de sus actitudes. La posibilidad de conocer a gente como él e ir a lugares “de ambiente” donde poder expresar el deseo y el afecto, le han ayudado a asumir su sexualidad, un aspecto que percibe en todas las facetas de su vida, incluso cuando mantiene relaciones sexuales de una forma mucho más libre.

La dicotomía activo/pasivo, que ha marcado una clara diferenciación entre los hombres que mantienen relaciones sexuales con otros hombres, y que reproducía claramente una perspectiva heterosexual, en los contextos tradicionales tiende a difuminarse a partir de otra nueva categoría, cada vez más en uso —“moderno”— que explicita un cambio en los roles asignados y la conformación de un nuevo modelo.

Sexo entre hombres: los límites de la masculinidad

A pesar de ello, dichas categorías siguen siendo fuertes, no basta más que mirar los anuncios de Internet para ver hasta qué punto esta dicotomía importa a la hora de marcar preferencias en los encuentros sexuales entre varones (bisexual busca hombre; hombre busca hombre, abstenerse gays y modernos, abstenerse afeminados y gente del ambiente, etc.), que conforman diversas identidades dentro de esa categoría a la que denominamos homosexualidad. Este hecho complejiza la visión simplista de “los homosexuales” como una realidad homogénea y unitaria, y cuestiona las categorías estancas con las que forzamos discursos identificadores, cuando no de autoidentificación, en función de la selección más o menos arbitraria de determinadas prácticas, leídas de forma monolítica. Y es que si es verdad que la dicotomía pasivo/activo es difusa, la que separa la homosexualidad de la heterosexualidad también lo es.

Pero volvamos a la historia de Wiliam. Aunque añora su lugar de nacimiento, por el momento no piensa regresar; la gran ciudad le permite vivir sin la presión que se produce en su población natal. Wiliam, como una buena parte de sus amigos, dice que le gustan también las mujeres, y ve como una situación “natural” el tener una familia e hijos. La mayoría de sus amigos tuvieron en algún momento enamorada y algunos de sus conocidos ya tienen un hijo; por lo general se encuentran separados y mantienen una doble vida.

Esta idea de pareja ha comenzado a calar en los modelos de identificación de los hombres que tienen relaciones con otros hombres. La pareja es la situación ideal para estos jóvenes, independientemente de que el cambio de pareja sea constante. Al fin y al cabo, la heterosexualidad dominante marca un deber social, que al igual de lo que sucede en el mundo “heterosexual”, no deja de ser un tanto esquizofrénico. Valores como “la fidelidad” y el no frecuentar lugares “de ambiente” constituyen precisamente elementos considerados como positivos por algunos de estos grupos, por lo menos a nivel discursivo. Pero como en otros tantos elementos vinculados con la sexualidad, una cuestión son los discursos y otra muy diferente las prácticas.

El sexo se ha convertido para algunos de los conocidos de Wiliam en una forma para obtener ingresos extras, algo que no es visto de forma despectiva, ni tampoco es considerado como “prostitución”, siempre que la práctica no implique una identidad. La figura del “brichero”, término especialmente utilizado en la ciudad de Cuzco, y que se ha extendido a todo Perú, hace referencia precisamente al hombre o a la mujer que buscan a un gringo/a (extranjero) con quien poder salir del país.

Actualmente, de forma genérica, esa denominación se refiere al hombre o a la mujer que vive de los gringos. Y es que la sexualidad es también una forma de subsistencia, en la que se entremezcla el deseo, el afecto y las posibilidades de obtener un complemento económico, independientemente de las opciones sexuales. En este sentido, hay un aspecto que nos interesa señalar en relación con el contexto de Wiliam. La ciudad donde nació recibe un número importante de turistas, quienes sin duda han contribuido de manera importante para visualizar otras formas de vida y otros modelos, así como para generar nuevas expectativas. Por otro lado, en esta ciudad amazónica —aunque ocupen un plano marginal—, hay personas que viven y manifiestan diferentes opciones sexuales (transsexuales y homosexuales “declarados”). Todos estos hechos contribuyen a una rápida modificación de la visión tradicional sobre la sexualidad.

LAS DIFERENCIAS

Sin duda, los contextos sociales e históricos en los que Juan y Wiliam han vivido su juventud marcan algunas diferencias en estas biografías. El contexto de Juan es una pequeña población agraria, profundamente tradicional, en la que los mecanismos de control social son mucho mayores. En el caso de Wiliam nos encontramos en una pequeña ciudad que vive de múltiples actividades (minería, madera, extracción de castaña, turismo) y con un porcentaje de población estacional que supera el treinta por ciento. Esta movilidad de la población facilitaba conocer a otras personas y mantener relaciones sexuales. Para Wiliam las posibilidades de encuentros sexua-

les son mayores que las que tuvo Juan durante su juventud, pero hay otros factores que ayudan a explicar algunos cambios que se han generado en estas dos situaciones y generaciones.

El desarrollo de Internet ha creado todo un mundo paralelo, que facilita conocer a otra gente a través del chat, anuncios, blogs, etcétera. Wiliam, como toda su generación, se mueve bien en esta realidad virtual de la que participa de forma activa, siendo un elemento que facilita sustancialmente los encuentros con otras personas.⁹

A estas nuevas estrategias se suman las estrategias “tradicionales”. En el caso de Juan, mientras vivió en su pueblo, los lugares de encuentro no eran habitualmente espacios públicos. En el caso de Wiliam, aunque en su ciudad no existen lugares exclusivos para homosexuales, algunos lugares de ocio (discotecas, peñas) son utilizados como espacios de encuentro, siempre desde una cierta discreción. Los baños o la misma pista de baile, a determinadas horas, son los ámbitos utilizados para propiciar el contacto.

En la historia de Wiliam, en comparación con el periodo de juventud de Juan, las posibilidades también son mayores a la hora de generar grupos de amigos con inquietudes similares, contribuyendo así a superar las limitaciones impuestas por el control social. A su vez, la visibilización de la diversidad sexual es más clara en el contexto de Wiliam, lo que sin duda facilita la elección de diferentes posibilidades, tanto por la propia evolución general de la sociedad, como por la incidencia específica del turismo y de los medios de comunicación. En este sentido, no es extraño que la iniciación sexual de Juan se produjese en una edad más adulta que la de Wiliam, y que las características de estos encuentros fuesen también diferentes, un hecho que no es exclusivo de los categorizados como “homosexuales”.

Los primeros juegos sexuales de los que participó Juan se produjeron con personas próximas; fundamentalmente fueron relaciones encubiertas entre amigos, bajo una perspectiva heterosexual, y se justificaban en forma discursiva como un proceso de aprendizaje excepcional y provisorio. En el caso de Wiliam, sus encuentros son

más diversos; la iniciación sexual también se produjo con personas próximas que garantizaban cierta discreción y, progresivamente, busca mantener contacto de preferencia con personas alejadas de su mundo cotidiano.

A su vez, los condicionantes religiosos han sido más marcados en el caso de Juan. Su posición de clase, pertenecer a una familia católica y el haber estudiado en colegios religiosos le impusieron toda una serie de limitaciones morales que tardó muchos años en superar. Esto independientemente de que, en ambos casos, como veremos después, un discurso que podríamos definir como socio-religioso ha marcado un *deber ser* profundamente alejado de sus prácticas cotidianas.

Una última diferencia está relacionada con la forma discursiva a partir de la cual se justifica la plenitud del deseo. Hoy Juan se considera ateo, y ha racionalizado un discurso contrario a lo que representa la Iglesia, a la que responsabiliza, en buena medida, de la persecución social que sufren los homosexuales pero, sobre todo, de la represión experimentada y de lo que él considera como años perdidos de su vida. Wiliam, al contrario, aunque no es practicante, cree en Dios y no ha elaborado un discurso racionalizado de lo que significa su homosexualidad. En su grupo de edad hay varios casos de hombres que mantienen relaciones con otros hombres y que forman parte de grupos cristianos. Algunos de ellos se han aproximado a estos grupos con la “voluntad” de superar una pesadilla que representa un deseo que quieren reorientar; otros siguen en estos grupos gestionando las contradicciones de una vida “pública” que poco tiene que ver con su vida “privada”. En estos casos, el “problema” no es de la religión, la forma como entienden una sexualidad estigmatizadora continúa siendo un problema que ellos han generado.

Sin embargo —y a pesar de todas estas diferencias vinculadas con los contextos locales, sus posiciones socioeconómicas y las diferentes épocas de la juventud de Juan y Wiliam—, en estas dos historias encontramos numerosos paralelismos.

LOS PARALELISMOS

Las vidas de Juan y Wiliam presentan una serie de convergencias, en las que conviene detenerse. En ambos casos, mantienen una doble vida en el periodo de la juventud. Por un lado, la familia y el grupo de amigos vinculado con los estudios y/o el trabajo y, por otro lado, los amigos “del ambiente” —como se define en el caso español— o “de la nota” —como se define en algunas zonas de Perú—. Los modelos de masculinidad dominante han marcado las relaciones de nuestros protagonistas con los grupos “normalizados”.

La distinta forma de canalizar un deseo no “normalizado” refuerza la segregación de los homosexuales de otros hombres que se consideran *masculinos*. El lenguaje marcadamente homóforo, que no puede ser contestado públicamente a riesgo de auto-delatarse, y la imposibilidad de hablar de los aspectos centrales de su vida generan la necesidad de conformar grupos propios, que funcionan de forma paralela, en los que se pueden expresar con libertad. La forma de relacionarse en estos diferentes grupos es radicalmente opuesta. En los primeros grupos los protagonistas deben manifestar una postura “masculina”; en los segundos, las categorías de estigmatización adquieren un carácter reivindicativo, mientras las categorías hegemónicas son objeto de burla. Una pequeña “venganza”, que refuerza los mecanismos de resistencia del propio grupo, independientemente de que su carácter oculto contribuye al mantenimiento del orden social.¹⁰

Juan y Wiliam han tenido diversas amigas (“enamoradas”)... ¿Una forma de sobrevivir socialmente? Sí y no. Por un lado, mantener una relación “normal” les ha permitido estar en los grupos que manifiestan el deseo de forma diferente. Por otro lado, eso es lo que se les enseñó que era lo correcto. Ambos hicieron lo que se esperaba de ellos como *hombres*.

A Wiliam le gustaría tener hijos y mujer, aunque desde que se fue a la gran ciudad la visualización de otros modos de familia le han hecho modificar algo su perspectiva, en un proceso de contra-

dicciones aún no concluido por su edad. La generación de nuevos modelos cada vez más visibles está comenzando a permitir a los homosexuales buscar otras salidas al matrimonio heterosexual. Y es que no convendría olvidar que una parte significativa de los hombres que mantienen relaciones sexuales con otros hombres son personas que tienen esposa e hijos. De nuevo, las prácticas homosexuales coinciden con una identidad heterosexual, y las contradicciones que se generan entre prácticas e identidades tienen mucho que ver con los niveles de represión de los contextos locales.

En los dos casos analizados, la estrategia para poder vivir según los dictados del amor y el deseo les han empujado a marcharse de sus lugares de origen. La aspiración de vivir en ámbitos urbanos, alejados de sus lugares de origen, es también una aspiración a escapar del férreo control que se produce en pequeños contextos. En realidad, este es un fenómeno poco conocido y estudiado, pero sin duda es un factor importante en los procesos migratorios.

Los hombres que mantienen relaciones sexuales con otros hombres se han visto empujados habitualmente al "exilio". La presión social es tanta, en algunos casos, que estos hombres están condenados a una vida repleta de contradicciones, entre una sociedad que los desprecia y que constantemente les recuerda que lo que hacen es un pecado, una enfermedad, un vicio; incluso, hasta un delito (como así ha sucedido en la mayoría de los países latinoamericanos).¹¹

A su vez, las contradicciones se refuerzan internamente ante la aspiración de ser aceptados, lo que exige vivir entre la vida pública, los ámbitos socialmente reconocidos, y un deseo que es condenado al ámbito de "lo privado". Llamas (1998) ha expresado en forma excepcional las contradicciones entre lo supuestamente "público" y lo "privado", cuando señala que el placer y el afecto desviados fueron confinados al ámbito privado, transformando en psicológico lo que para la normalidad es sociológico, económico y político; transformando en naturaleza lo que para el afecto normalizado es cultura e historia.

Didier Eribón (citado en Sabuco y Valcuende, 2003) lo señalaría de la siguiente forma:

El pensamiento que convierte en norma la diferencia de los sexos y en desviación, perversión, o, en el mejor de los casos, en un caso "particular" la diferencia de las sexualidades, ese pensamiento que ha podido adoptar, en la historia, el rostro de la violencia totalitaria, y que puede adoptar hoy en día, el de la tolerancia liberal, no es más que la expresión del orden social y sexual que instituye el mundo de injurias en el que deben vivir los homosexuales (Eribón, 2000:125).

En todo caso, tal y como hemos señalado en otros trabajos (Sabuco y Valcuende, 2003), la tendencia a la hipercorporización de los grupos minorizados —mujeres, minorías étnicas— en especial se pone de manifiesto en el caso de los homosexuales.

Como hemos visto en estas microbiografías, en realidad a ambos les costó aceptarse como eran y los dos aspiraron durante un tiempo a ser personas "normales"; a superar, en palabras de Eribón, un mundo de injurias impuestas, cuando no interiorizadas.

Por suerte, en estas dos biografías las contradicciones no adquirieron el carácter dramático de otros casos. Volvamos a la historia de Juan. Durante su juventud, en su grupo de amigos había otro joven al que también le gustaban los hombres. Juan y su amigo nunca hablaron de esto, ni sabían el uno del otro. Sería mucho tiempo después, ya en la ciudad, cuando Juan supo que Fernando era "como él", enterándose de que, incluso, se había intentado suicidar. Hoy Fernando está lejos de su pueblo y puede vivir su vida. Pero, ¿cuántos jóvenes quedaron en el camino, atrapados por un discurso socio-religioso profundamente homófobo?, ¿cuántos de ellos fueron empujados al suicidio?, ¿cómo se debe denominar a los que han propiciado —y lo continúan haciendo— el lenguaje de la difamación, apelando al discurso científico y religioso?¹²

En ambas historias el alcohol ha jugado un papel desinhibidor importante para conseguir superar las contradicciones gene-

radas por el modelo dominante. Este factor ha ido perdiendo importancia a medida que ambos han interiorizado su sexualidad. Sin embargo, en los contextos marcados por la represión, la utilización de sustancias desinhibidoras se convierte, en muchos casos, en necesaria, de tal forma que la realización de determinados actos pueda ser justificada ante los otros y, especialmente, ante uno mismo.

El alcohol se vincula, primero, con la inconsciencia de la acción y, posteriormente, con el olvido. Joaquín es uno de los personajes de la obra *No se lo digas a nadie* de Bayly (1994:203). Después de pasar la noche manteniendo relaciones sexuales con un futbolista llamado Gianfranco, este último le comenta: “Qué tal tranca me metí esta noche —fue lo primero que dijo Gianfranco—. Me quedé privado. No me acuerdo de nada. —Yo tampoco me acuerdo de nada —dijo Joaquín”.¹³

En este sentido, hay un aspecto importante que nos ayuda a explicar las características de muchas de las relaciones sexuales que ambos han mantenido, pero que se podrían generalizar a un universo mayor, y que es la desigual vinculación entre “sexualidad” y “amor”. El acto sexual es algo que por lo general no exige, entre otras cosas, una continuidad, porque la discreción y el miedo de que pueda ser público han definido las relaciones sexuales entre los hombres, en especial cuando estas prácticas no implican una identidad. Es más, en un mundo marcadamente “masculino”, dos hombres podrían mantener relaciones sexuales entre sí, pero éstas debían estar desvinculadas de un afecto expreso.

En este planteamiento, hay siempre una idea de temporalidad, de excepcionalidad. Las “verdaderas” relaciones son las que se producen entre hombres y mujeres; ahí sí es posible el amor público, como empieza a serlo en las relaciones de pareja entre varones, que reproducen determinados aspectos de la heterosexualidad normativa. Y es que si a nivel social se han podido consentir más o menos las relaciones entre varones; ahora lo que se penaliza duramente es que sean públicas, en especial en los ámbitos donde el control social es más directo, como sucede en las zonas rurales y en pequeños contextos urbanos.¹⁴

La elección de la opción homosexual implica un proceso de renunciaciones y la conformación de mundos paralelos. Juan no puede ir en público con su pareja a su pueblo. Wiliam, aunque no mantiene una relación estable, no puede hablar de sus relaciones en el contexto familiar. Ambos tienen que callar sus afectos y deseos en sus respectivas familias, y ambos tienen que condicionar sus vidas para no dañarlas. Mientras los hermanos y hermanas de Wiliam y Juan pueden llevar a sus casas a sus enamoradas y enamorados, integrándose en el contexto familiar, la vida de ambos está marcada por la exclusión y por una doble negación de ciertos aspectos centrales en su vida: por un lado, el social y, por otro, el personal.

El proceso de aceptación de la sexualidad en ambos casos fue gradual, un hecho que se manifiesta en la utilización del propio cuerpo. Juan, al mismo tiempo que deseaba mantener relaciones sexuales con otros hombres, en sus primeros encuentros sentía un cierto malestar y, sobre todo, mala conciencia. Al igual que Wiliam, tuvo que ir superando las restricciones morales que le limitaban en la búsqueda del placer a través de unos cuerpos "secuestrados" socialmente. La aceptación de estas primeras prácticas es explicada de diversas formas: "Esto es una situación pasajera", "Lo que realmente me gustan son las mujeres", etc., independientemente de que sus relaciones fuesen fundamentalmente entre varones.

La presión social que se produce en estas dos biografías es sintomática de la que experimentan los hombres que mantienen relaciones sexuales con otros hombres, empujados a vivir de forma subterránea para "no ofender", "para no molestar", y para no ser agredidos o violentados.

CONCLUSIONES

El primer hecho significativo de ambas historias son precisamente los paralelismos que se establecen entre contextos muy diversos. El discurso religioso como regulador de las relaciones sociales justifica el rechazo a los homosexuales, pero también las contradicciones individuales a través de las que asumen una posi-

ción de inferioridad. Independientemente del nivel de participación dentro de instituciones religiosas, nos encontramos con un catolicismo cultural, a partir del que se legitiman y penalizan determinados comportamientos sociales. Estas creencias influyen a los grupos dominantes y a los dominados, que interiorizan el carácter “excepcional” de su compartimiento, desde una posición de inferioridad. Posiblemente este es uno de los aspectos que nos pueden ayudar a comprender las similitudes en las formas de vivenciar las relaciones sexuales entre varones en diferentes contextos latinoamericanos.

La normalidad genera marcos de interacción que tienden a excluir de determinados ámbitos sociales a los hombres que desean a otros hombres, aunque también, y de forma paralela, se produce un proceso de autoexclusión. Su finalidad es protegerse de los prejuicios sociales, lo que incide en la creación de una doble vida, en la que participan de grupos de amigos y redes de solidaridad paralelas. De hecho, en los contextos urbanos asistimos a una progresiva conformación de espacios propios de homosexuales. Así, la “liberación” individual reconstruye, de forma paradójica, la exclusión social y urbana.

La necesidad de “protegerse” lleva a su vez a seguir determinados dictados sociales en los que los homosexuales tienen que manifestar su masculinidad para no ser cuestionados. Los homosexuales han optado por una representación a la que se han visto obligados. Para ellos ha sido habitual escuchar insultos o incluso proferirlos; el “marica”, el “cabro” siempre es el otro, al que se insulta para no ser insultado, al que se marca para no ser marcado.

La familia juega un papel central en ambos casos; el rechazo de los padres hacia la homosexualidad refuerza la idea de exclusión e impulsa al exilio. La gran ciudad se convierte en un ámbito especialmente deseable, en el que es más fácil escapar del control social y generar espacios propios donde manifestar el deseo y el afecto de una forma más libre. Estos espacios y contextos, a su vez, permiten que la intimidad se pueda manifestar en algunos espacios públicos —es decir, que exista socialmente— y a su vez les aproxima a otras personas con sus mismas inquietudes, reforzándose los lazos de solidaridad y haciendo visibles nuevos modelos a seguir.

El proceso de asumir la sexualidad es en especial contradictorio, tanto en los ámbitos donde no existen referentes claros alternativos, como en los contextos donde estos modelos se presentan como inaccesibles. Las fases por las que han pasado nuestros protagonistas van, desde la negación, hasta la asunción de una nueva forma de vida, en tanto que se interioriza que la realización de determinadas prácticas implica una diferente consideración social. En ambos casos se ha producido una tendencia al paso de las prácticas entre varones en un mundo heterosexual a otro mundo homosexual. Evidentemente, las posibilidades son muy diversas y ésta es sólo una posible vía, que no necesariamente coincide con otras trayectorias vitales.

Este proceso trae como consecuencia un rechazo a determinadas normas —independientemente de que la aspiración a ser “aceptados” supone la asunción de valores definidos desde el modelo normativo de la heterosexual dominante—, o un cuestionamiento individual desde la negación o rechazo del propio deseo, o bien la aceptación acrítica de las normas sociales, que los han situado en una posición de inferioridad.

La violencia hacia los homosexuales no es siempre directa; los mecanismos represores son mucho más sutiles. Lejos de los planteamientos “heroicos” y reivindicativos, o de los planteamientos que optan por una sumisión total a los modelos sociales impuestos, las dos vidas analizadas ponen de manifiesto una actitud contradictoria, que refleja la cotidianeidad de los grupos estigmatizados como homosexuales.

Por último, si bien es verdad que las lecturas con relación a las prácticas sexuales adquieren diferencias sustanciales en función de los contextos locales, también lo es en cuanto a que hay denominadores comunes importantes y similitudes notables dentro de un modelo dominante que ha influido, en líneas generales, a las sociedades latinoamericanas.

El análisis de estos dos casos es una mínima contribución que básicamente ha pretendido aproximarse a los paralelismos de dos historias de vida, a partir de las que hemos podido compren-

der, no sólo algunos aspectos de la significación social en relación con las prácticas sexuales entre varones, sino también a las formas de vivenciarlas. Es necesario profundizar en diferentes historias de vida que nos aproximen a otras formas de entender la sexualidad en general, una realidad diversa en múltiples aspectos, aunque las contradicciones generadas por la fuerza del deseo —por un lado—, y por los procesos de canalización y de la represión de la sexualidad no directamente reproductiva —por otro—, marcan regularidades que trascienden los ámbitos locales, en un mundo profundamente interconectado, en el que nuevos modelos se expanden, a medida que también lo hacen nuevos mecanismos de control social.

NOTAS

1. Con ello no pretendemos afirmar que los modelos sexuales en el caso latinoamericano sean homogéneos. Hay ámbitos apenas conocidos, como así sucede con las poblaciones originarias, donde está casi todo por hacer. A su vez, nos encontramos con un silenciamiento o distorsión desde planteamientos hegemónicos en relación con las sexualidades minoritarias, que en algunas zonas parecen haber desarrollado modelos específicos, tal y como, por ejemplo, desarrolla Benavides (2006) para el caso de los encharicados en Ecuador.
2. Sabuco y Valcuende (2003) analizan de forma especialmente crítica la supuesta existencia de la denominada cultura gay.
3. La bibliografía sobre quintos en el caso peninsular es amplia, en todo caso la significación tanto de estos rituales como del propio servicio militar son analizados de forma sistemática por Molina (1998). La incorporación al ejército ha constituido en diferentes contextos un punto de inflexión importante en la construcción de la masculinidad hegemónica.
4. Algunos contextos como los deportivos son ámbitos centrales para la reproducción de la masculinidad. Es el caso del fútbol (Del Campo, 2003). Otros contextos rituales presentan una marcada vinculación entre la construcción del sexo y de la edad (Valcuende, 1999). Sin duda, la literatura constituye también un ámbito de especial interés a la hora de aproximarnos a las formas

Sexo entre hombres: los límites de la masculinidad

de construcción de los hombres. Para el caso peruano presenta un especial interés la obra *No se lo digas a nadie* de Bayly (1994). El análisis de modelos de masculinidad en la literatura peruana puede encontrarse en Ruiz Bravo (2000).

5. En la actualidad, los modelos de masculinidad son mucho más difusos, tal y como señala Blanco (2003) al analizar las nuevas expectativas sobre los hombres.
6. Aunque esta explicación tiene un carácter general, nos encontramos en diferentes contextos con otros modelos, a partir de los cuales han sido canalizadas prácticas y/o identidades sexuales. Así por ejemplo, en el caso andaluz, la figura del "mariquita" ha ocupado un papel clave en contextos festivos ceremoniales, hasta el punto que en otro trabajo planteamos la existencia de un posible modelo intermedio entre "lo masculino" y "lo femenino" (Cáceres y Valcuende, 1999). En otras zonas de la península no han existido modelos sociales públicos claramente definidos. Para un análisis más pormenorizado, ver Guasch (1991). En el caso latinoamericano hay referencias históricas y antropológicas de la existencia de sexos "intermedios" y/o de lecturas sociales diversas sobre prácticas sexuales minorizadas, tal y como apuntamos anteriormente, aunque este aspecto ha sido habitualmente relegado en los estudios de sexualidad más centrados en otras temáticas. En especial son numerosas las investigaciones relativas al sida o al análisis de la homosexualidad en contextos urbanos.
7. Tal y como señala Hernández (2007:154), a través de una revisión de diferentes trabajos de investigación realizados en Latinoamérica: "hombres de zonas rurales pauperizadas y pertenecientes a grupos étnicos o raciales conciben ser hombre de una forma más allegada al machismo, mientras que hombres de zonas urbanas-desarrolladas y mestizas replantean sus identidades masculinas y abogan más por relaciones de género igualitarias". Otra cuestión son las relaciones de poder que se establecen entre diferentes grupos "homosexuales", donde de nuevo nos encontramos diversas categorías claramente jerarquizadas, también en los contextos urbanos.
8. Los niveles de violencia física y simbólica en relación con los "homosexuales" sigue siendo importante en di-

versos países latinoamericanos, tal y como señala Guajardo (2002).

9. Para un análisis más pormenorizado de la significación de estos nuevos medios, ver Devanir da Silva (2006).
10. Las denominaciones despectivas que nominan a los hombres que mantienen relaciones sexuales con otros hombres en algunos casos son similares y compartidas a nivel internacional. En otros casos se utilizan términos que manifiestan también ciertas especificidades locales, y que requerirían un estudio más pormenorizado. En el caso peruano nos encontramos con términos como *cabro* y *rosca* (maricón, gay), *olla* (moderno), *cacha*, *cabro*, *mapero*, *minero* (persona que gusta tener sexo con gays), *flete* (prostituto), *ahombrado* (persona que quiere actuar como gay “pero que no le sale”). En los contextos urbanos van surgiendo nuevas denominaciones que ponen en evidencia la tendencia a generar diferentes “modelos” dentro de las sexualidades consideradas minoritarias, aunque curiosamente estas denominaciones tienden a reproducir, en ciertos aspectos, las relaciones de poder del modelo dominante de heterosexualidad.
11. Son múltiples los estudios científicos, desde diferentes perspectivas, que continúan señalando a la homosexualidad como una enfermedad. Un buen ejemplo de estas argumentaciones teológico-científicas lo encontramos, por ejemplo, en el caso de Carlos Valenzuela (2006) en un artículo publicado en la *Revista de Psiquiatría Clínica*. Lo mismo sucede desde el punto de vista de otras instituciones, como las diferentes iglesias. La influencia de nuevos grupos cristianos en el caso peruano es manifiesta, son grupos que evidencian una ideología profundamente reaccionaria, que incide en la perversión de la homosexualidad. Para una crítica a estos planteamientos, ver Valcuende (2006).
12. En unos momentos en que se está reivindicando a nivel internacional lo que se denomina “recuperación de la memoria histórica” (Valcuende y Narotzky, 2005) aún queda mucho por hacer en relación con la persecución de las minorías sexuales, aunque ya van apareciendo algunos estudios que relatan esta persecución política, no considerada como tal, por cuanto que las prácticas penalizadas pertenecían al ámbito de lo innombrable,

lo inexistente, es decir, de nuevo, de "lo privado", salvo, eso sí, para ser condenadas.

13. Tal y como señala Guajardo (2002:66): "Una baja autoestima por conflictos de aceptación de la propia sexualidad, ligada a una forma clandestina de experiencia sexual, particularmente facilitada por el alcohol u otras drogas recreativas, podrían afectar la capacidad cognitiva y emocional del sujeto para adoptar conductas preventivas".
14. La supuesta promiscuidad de los homosexuales es vista por algunos autores como indicador de una patología social. Desde otros planteamientos, se incide en su carácter potencialmente subversivo, en tanto que pone en cuestión la hipocresía social del modelo heterosexual. O, mejor dicho, que podría ponerla si no fuera por la represión normativa y por los discursos bien pensantes que intentan reforzar el modelo de homosexualidad más políticamente correcto, y si no fuera también porque lo que es considerado como normal para unos, para otros es sintomático de la perversión y la enfermedad.

BIBLIOGRAFÍA

- BAYLY, J. (1994). *No se lo digas a nadie*, Barcelona, Seix Barral.
- BLANCO, J. (2003) "Las expectativas sobre los varones", en Valcuende, J.M. y Blanco, J. (coords.) *Hombres. La construcción cultural de las masculinidades*, Madrid, Talasa, pp. 212-224.
- BUTLER, J. (1997). *Mecanismos psíquicos del poder*, Cátedra, Madrid.
- BENAVIDES, O.H. (2006). "La representación del pasado de Guayaquil: historizando los encharcados", *Iconos, Revista de Ciencias Sociales*, enero, N° 24, pp. 145-160.
- CÁCERES, R. y VALCUENDE, J.M^a. (1999). "Los 'mariquitas' del sur. La construcción de un modelo de homosexualidad en Andalucía", en Méndez, L. y Mozo C. (coords.), *Cuerpos, géneros y sexualidades*, Santiago de Compostela, FAAEE, pp. 101-109.
- CANTERO, P. (2003). "Hombrear. Modos de aprender a ser hombre", en Valcuende, J.M. y Blanco, J. (coords.), *Hombres. La construcción cultural de las masculinidades*, Madrid, Talasa, pp. 53-66.

- CARDIN, A. (1984). *Guerreros, chamanes y travestis. Indicios de homosexualidad entre los exóticos*, Barcelona, Tusquets.
- DEVANIR DA SILVA, C. (2006). "Deseos públicos e identidades privadas. Internet, género e identidad sexual masculina en Chile. El caso de los avisos personales del diario 'La Nación'", *Gazeta de Antropología*, N° 22, pp. 22-36.
- DEL CAMPO, A. (2003) "Cuestión de pelotas. Hacerse hombre, hacerse el hombre en el fútbol", en Valcuende, J.M. y Blanco, J. (orgs.), *Hombres. La construcción cultural de las masculinidades*, Madrid, Talasa, pp. 66-99.
- ERIBON, D. (2000). *Identidades. Reflexiones sobre la cuestión gay*, Barcelona, Bellaterra.
- GEERTZ, C. (1992). *La interpretación de las culturas*, Madrid, Gedisa.
- GUAJARDO, G. (2002) "Contexto sociocultural del sexo entre varones", en Cáceres, C; Pecheni, M. y Veriano, T. (eds.), *Sida y sexo entre hombres en América Latina: Vulnerabilidades, fortalezas, y propuestas para la acción. Anexo: Catálogo de Investigaciones sobre HSH y VIH/sida en América Latina*, Lima, Universidad Peruana Cayetano Heredia, pp. 57-80.
- GUASCH, O. (1991). *La sociedad rosa*, Barcelona, Anagrama.
- (2000). *La crisis de la heterosexualidad*, Barcelona, Laertes.
- (2003). "Ancianos, guerreros, efebos. Tipos ideales de masculinidad", en Valcuende, J.M. y Blanco, J. (orgs.), *Hombres. La construcción cultural de las masculinidades*, Madrid, Talasa, pp. 113-124.
- HERNÁNDEZ, OM. (2007). "Estudios sobre masculinidades. Aportes desde América Latina", *Revista de Antropología Experimental*, N° 7, Texto 12, pp. 153-160.
- HERDT, G. (1992). *Homosexualidad ritual en Melanesia*, Madrid, Fundación Universidad y Empresa.
- KIMMEL, M. (1997). "Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina", en Valdés, T. y Olavarría, J. (coords.), *Masculinidades, poder y crisis*, Santiago de Chile, Ed. de las Mujeres, pp. 49-63.
- LLAMAS, R. (1998). *Teoría torcida. Prejuicios y discursos en torno a la "homosexualidad"*, Ed. Siglo XXI, Madrid.
- MOLINA, J.F. (1998). *Quintas y servicio militar. Aspectos sociológicos y antropológicos de la conscripción (Lleida, 1878-1960)*, Lleida, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Lleida.

Sexo entre hombres: los límites de la masculinidad

- MOSSE, G. (2001). *La imagen del hombre. La creación de la moderna masculinidad*, Madrid, Talasa.
- RUIZ BRAVO, P. (2000). "Desde el margen. Representaciones de la masculinidad en la narrativa joven en el Perú", *La Ventana*, 12, pp. 244-270.
- SABUCO, A. y VALCUENDE, J.M^a. (2003). "La "homosexualidad" como imagen hiperbólica de la masculinidad", en Valcuende, J.M^a. y Blanco, J. (orgs.), *Hombres. La construcción cultural de las masculinidades*, Madrid, Talasa, pp. 135-155.
- TORO, J.A. (2005). "El estudio de las homosexualidades: Revisión, retos éticos y metodológicos", *Revista de Ciencias Sociales*, 14, pp. 78-97.
- VAL DE ALMEIDA, M. (2000). *Senhores de Si. Uma interpretação antropológica da masculinidade*, Lisboa, Fim de Sículo.
- VALCUENDE, J.M^a. (1999). "Desde a devoção como um jogo ate a reprodução da norma social", *Educação, Sociedade e Culturas*, 12, "Multiculturalismo eis a questao", Porto, Afrontamentos, pp. 85-99.
- (2006). "De la heterosexualidad a la ciudadanía", *AIBR, Revista de Antropología Iberoamericana*, Vol. 1, N^o 1, pp. 125-142.
- VALCUENDE, J.M^a. y NAROTZKY, S. (2005). "Políticas de la memoria en los sistemas democráticos", en Valcuende, J.M^a. y Narotzky, S. (orgs.), *Las políticas de la memoria en los sistemas democráticos: Poder, cultura y mercado*, Sevilla, FAAEE, ASANA y Diputación de Sevilla, pp. 9-35.
- VALENZUELA, C. (2006). "La homosexualidad ¿es una patología? Respuesta desde la biología evolutiva", *Revista de Psiquiatría Clínica*, XLIII, N^o 2, Año 2006, pp. 27-39.

José María VALCUENDE DEL RÍO

es profesor titular del Área de Antropología Social en el Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Pablo de Olavide en Sevilla. Las líneas de investigación que está desarrollando actualmente son medio ambiente, turismo y sexualidad. Correo elec.: jmvalrio@upo.es